

El
relato de
Van Dop

Por

Ricardo VALENZUELA

Alan, el barman, se quedó pensativo. Luego llenó espontáneamente los vasos.

—¿Les hablé alguna vez de Van Dop?

—No.

—Un compatriota, Wilhem Van Dop, en Hong-Kong, hace años...

—¿Saben ustedes que el opio se apodera de los blancos con mucho mayor fuerza que de los hombres de otras razas?

Max Lose paladeó la cerveza, sacó un cigarrillo, lo encendió y aspiró lentamente el humo. En el aire quieto la voluta subió hasta el techo.

—“Van Dop pertenecía a una familia adinerada de Amsterdam —continuó Alan— pero amaba la aventura y quería ver mundo, como tantos otros. Su padre consintió en que viajara en un barco de velas para recorrer el Oriente, donde poseía intereses.

“El muchacho se embarcó como simple marinero. Esto es corriente entre jóvenes herederos de mi país. Así se forman muchos capitanes de empresa.

"Van Dop bajó a tierra en Hong-Kong, mientras descargá-bamos y fue a meterse a los fumaderos de opio a ver qué pasaba, por saber cómo era aquello... Y no volvió al buque.

"Lo buscamos inútilmente por todas partes. A instancias del capitán, trajiné de arriba abajo inmundas callejuelas. Anduve toda la tarde haciéndome conducir en un "rickshaw". Nadie sabía nada del hombre blanco del navío holandés. ¿Quién iba a saberlo? ¡Si hay docenas que se sumergen en los antros del vicio, que se emborrachan hasta la locura y desaparecen en esa cochinidad del Oriente!

Max Lose asintió con un gesto vago.

"El colí cubierto de sudor y de harapos que arrastraba el vehículo —siguió Alan— entablaba vehementes diálogos con otros conductores, en busca de alguna pista... Soltaban las varas por un momento, hablaban en su terrible jergonza, agitando mucho los brazos, y después de algunos minutos, durante los cuales parecía que hubieran librado una tremenda disputa, Tuan Fu, visiblemente ofuscado, me decía que no había sacado nada en limpio. "Hombre del barco, muy difícil", agregaba.

"Tuan-Fu conocía su ciudad como la palma de sus manos. Lo mismo que cualquier conductor de taxi de Valparaíso o Seattle.

"¡Bien! le sugerí yo entonces en inglés, al colí: "Tenemos que fijarnos en el perro. Porque por lo menos debemos hallar a Picket".

"Picket era un fox-terrier que Van Dop embarcó a última hora en Amsterdam... Regalo de su hermana, según nos dijo a todos.

"Pero, ¡qué diablos!... También se veía docenas de perros de todas clases vagando por ahí. No surtió el menor efecto que yo, alzándome en el asiento del "rickshaw", gritase repetidamente en las esquinas: "¡Picket, Picket, Picket!" con esa entonación que da uno a la voz cuando llama a los perros.

"Entonces, aburrido de dar un espectáculo gratuito a aquellas gentuzas que se detenían a mirarme, tomándome acaso por un inglés borracho o loco, exclamé para mí: ¡Al infierno con Wilhem Van Dop y su perro! ¡Si el demonio se los ha tragado, ya los depositará en cualquier parte!

"Dí orden al colí de regresar al muelle.

"Me bajé con las posaderas adoloridas a causa de los malos resortes del asiento y, sobre todo, con la garganta reseca de llamar a Picket.

"¡Tenía ganas de estirar las piernas y de echar un buen trago en alguna parte!

"Tuan-Fu me contemplaba con los ojos muy abiertos... Tanto como él podía abrir esas ranuras de alcancías que eran los suyos. Parecía convencido de que yo había perdido la chaveta durante la excursión... Hasta que le arrojé un par de monedas.

"Se precipitó a recogerlas, repitiendo con mil reverencias: "¡Hombre del barco, muy difícil!".

“Enganchóse nuevamente en las varas de su cochecito y con el trotecillo menudo, desapareció entre la multitud.

“Continué a pie. Luego divisé un bar y me lancé sin vacilación a echar un buen trago de cerveza. ¡Qué diablos! Es lo que siempre está deseando un buen marinero, aunque por entonces, no era yo sino un modesto segundo camarero de a bordo!

“Me devoraba la sed, hacía calor y sudaba como un animal. Peter, el barman, que me resultó conocido, me dijo: “¿Andas de francachela, Alan?”, “¿Qué voy andar”, le respondí. “Persigo a uno de esos señoritos, que se nos ha metido en un fumadero. ¿Sabes tú dónde hay alguno de esos antros, Peter?” “¡Qué te crees!”, rezongó Peter, y me dio vuelta la espalda.

“A medianoche zarpamos sin tener noticias de Wilhem. “Buena preocupación para el capitán”, me susurró el otro mayordomo cuando, apoyados en la borda, veíamos distanciarse el puerto. “Buena preocupación porque creo que el padre de Van Dop es amigo de él”.

“Y en verdad el viejo se mostraba preocupado. De pie en la toldilla, con las manos hundidas en los bolsillos, parecía interrogar las luces de Hong-Kong, que pronto se borraron detrás de una tenue bruma.

“Luego estuvimos en Yokohama y de vuelta recalamos en Hong-Kong, nuevamente para embarcar carga de retorno. El día estaba lluvioso. El mar inmóvil. Después que el remolcador nos ayudó a atracar y amarrarnos, fui a servir el desayuno al práctico. Resbalé en la maldita escalera de popa, que estaba como jaboncillo, y me enviaron a tierra, al hospital, con una pierna quebrada.

“Me tuvieron varias semanas entablillado, pero creo que habría resultado más cómodo si consienten en dejarme a bordo y me hubieran puesto unas abrazaderas en la tibia, como cuando se rompe el mastelerillo. Así lo propuso el carpintero del barco que, según oí decir, a más de alguno compuso y dejó bien ordenados los huesos, aplicándoles el sistema.

“Pero el bruto del piloto se opuso, diciendo: “No; a éste hay que mandarlo al hospital para que le corten la pata, a ver si aprende a bajar las escalerillas sin caerse con las bandejas”.

“¡Así era la marina a velas, hijos míos! Viril, justa y piadosa”.

Reímos.

Alan estiró la pierna.

La contempló con curiosidad como si fuera un objeto extraño a su cuerpo, y exclamó, palmoteándose el muslo: “¡Me la dejaron firme esos cirujanos ingleses; y todavía me sirve a pesar de que ya estoy viejo!”.

—“Después que abandoné el hospital europeo, una mañana encontré a Wilhem Van Dop vagando con el perrillo por el sector de los muelles.

"Ambos estaban muy flacos. A Picket se le podían contar las cuaderñas. . . en tanto que Wilhem, pálido y tembloroso, parecía un espectro. Ni en los bajos fondos de Londres vi figura más deplorable.

"Me confesó que el opio es una cosa tremendamente absorbente; que se había visto obligado a abandonar todo trabajo desde que lo fumaba, aunque vislumbraba que aún se hallaba a tiempo de dejarlo.

"Poniéndome la mano esquelética y amarillenta encima del hombro, me decía melancólicamente: "Viejo, ahora es cuestión de paciencia para sacarse esto del alma, poco a poco. . . Porque, ¿sabes, tú, viejo Alan, que el opio se apodera del alma?"

Me infundió una lástima horrible aquel maldito Van Dop. ¡Qué diablos! ¡Le podía suceder a uno lo mismo!

"Le insté ingenuamente a que dejara el vicio, y se viniera en el acto conmigo a casa de un irlandés, cuya mujer alquilaba habitaciones a los marinos, cerca de los muelles. Yo vivía allí por cuenta de la compañía desde que me dieron de alta, y sólo esperaba un barco de los nuestros, de vapor o a vela, para retornar. La mujer era una filipina gruesa, cuarentona, afable. Cocinaba a gusto de todos y se preocupaba mucho de que la ropa de cama estuviera siempre renovada y fresca. El irlandés se pasaba el día en los bares discutiendo contra los ingleses.

"Le dije a Van Dop que en el hogar del irlandés o de la filipina podríamos reponernos mientras llegaba el barco en el cual deberíamos volver a casa. El vaciló. Me contestó con evasivas. Al fin se comprometió a juntarse todas las mañanas conmigo en el muelle para charlar e informarnos mutuamente en la agencia del movimiento de barcos.

"Me contó además que vivía en casa de un chino, empleado en la zona internacional, donde lo cuidaban y le servían un té excelente.

"¿De dónde saca usted dinero para pagar eso? —le pregunté. "Me quedan todavía algunas libras de las que me dio mi padre al partir —respondió él, orgullosamente.

"Dudé de que fuera cierto, a juzgar por su aspecto famélico y el de Picket.

"Pronto descubrí que todas las tardes, apenas oscurecía, iba a tenderse en el camastro del fumadero, en una callejuela atestada de tenduchos y bazares.

"Wilhem había perdido la conciencia de todo: tiempo, dignidad, dinero.

"Picket lo aguardaba acurrucado en el umbral de la puerta de calle, triste y lacrimoso, a causa de la desnutrición, y debido quizás, a la pena que le daba la decadencia de su amo.

"El perrillo también había decaído mucho. De ágil, vivo y lustroso que fuera cuando estaba a bordo, tornóse igual a esos canes leprosos e hirvientes de pulgas que hurgaban el día entero en los tachos de basura y bebía de aquella agua podrida que se desliza en delgados hilillos por el lado de las aceras".

Pinares no reprimió un gesto de repugnancia.

Alan encendió tranquilamente un cigarrillo.

"Un día —prosiguió el cantinero— arribó uno de nuestros vapores. Inmediatamente fui a buscar a Van Dop a su antro. Me hice el propósito de zarandearlo y golpearlo si se resistía. Mi pierna estaba ya completamente sana y sólida. Lo imaginaba acostado en el camastro, adormilado por efecto de la droga, con los ojos clavados en el techo, la boca entreabierta como un cááver.

Llamé nuevamente a Tuan-Fu. Este me condujo con su trotecillo habitual a través de un laberinto que sólo él podía descifrar. Me indicó una casa donde uno de sus colegas había traído últimamente "al hombre blanco del barco".

"Salté del "rickshaw" poco antes de llegar a ella. Hice que el colí me acompañara. Yo iba resuelto a todo. No en vano llevaba varios meses de reposo y de obligada residencia en Hong Kong.

"Nos detuvimos y golpeamos en una puerta de color verde que no difería mucho de las otras. Tuan Fu discutió en su idioma con el individuo que acudió a nuestro llamado. Wilhem no estaba allí.

"¿Cómo?", vociferé. "¿No está aquí el señor Van Dop?".

"Hice además de apartar al portero chino para introducirme violentamente en el local.

"Tuan, prudentemente, me contuvo.

"El otro borbataba palabras ininteligibles y cortadas en su maldito lenguaje.

"El escándalo atrajo a un segundo individuo, gordo y plácido, que me explicó cortésmente, en inglés muy correcto, que el señor Van Dop no venía desde hacía dos noches.

"Sentí que la sangre se me subía a la cabeza.

"¿De manera que es en este antro donde lo dejáis morir con vuestra inmunda droga?", le grité enfurecido. "Desde este cuchitril infecto —añadí, amenazando con el puño— me dirigiré al Consulado de Holanda. ¡A ver si seguís envenenando impunemente a nuestros honrados marinos!".

"El gordo se quedó impacible, como si se lo hubiera dicho a la luna llena".

Lose dejó el vaso encima del mesón. Preguntó frunciendo las cejas:

—¿Había en ese momento algún barco de guerra holandés en Hong Kong?

—No era cuestión de bombardear la ciudad —replicó Alan con ironía—. Tratábase solamente de averiguar en dónde se habría metido ese estúpido de Van Dop.

—¿Y por qué no? —insistió el alemán, refiriéndose a la idea de bombardear Hong Kong. Las razas superiores. . .

—¡Hombre! ¡Déjese usted de patrañas! —le dijo el vasco, cortándole la frase—. En Oriente ocurre con frecuencia que los representantes de esas razas superiores dejan de serlo rápidamente... Los vicios son más fuertes que ellos. ¡Encuentra uno cada harapo saturado de whisky!...

—Pero, ¡los marinos! —adujo el alemán con mucho énfasis.

—No hay diplomacia ni flota capaz de deshacer los enredos en que se meten los marinos —exclamó filosóficamente Alan.

—¡Ahí tiene usted la voz de la experiencia! —le indicó Pinares, golpeando amigablemente en el hombro a Max.

“Bien —reanudó Alan—. Wilhem no estaba allí, como les dije. Me juraron que no, ¡Pero, vayan ustedes a creer en los juramentos de esos infames chinos! No tuve más remedio que marcharme.

“Ordené a Tuan-Fu que me esperara en el cochecito y yo me interné sólo en la callejuela, a pesar de sus aspavientos, que no sé si eran súplicas para que no me arriesgara o gestos para que le pagara antes de arriesgarme.

“Un poco más arriba divisé a Picket recostado al sol en la puerta de un bar, extrayéndose las pulgas. Apenas me descubrió se levantó agitando alegremente el rabo... “¡Picket! ¡A ver, Picket! ¿Dónde está tú patrón?”, le grité.

“El animalito se inclinó sobre las patas delanteras, con las orejas alzadas, sin apartar de mí su mirada inteligente. Vino corriendo, saltó, aulló y regresó a todo escape al bar, cuya mampara se puso a arañar, acompañando la acción con suaves aullidos. Empujé la puerta y descubrí a Wilhem Van Dop, hijo de uno de los más prósperos comerciantes de Holanda, provisto de una escoba y de un pedazo de latón recogiendo el aserrín del suelo, pues la víspera había llovido.

“Casi se desplomó de la sorpresa. Dejando a un lado aquellos implementos me contó dócilmente que a menudo se veía en la obligación de realizar esta clase de trabajo en las cantinas, pues carecía de otro medio para subsistir y procurarse la droga.

“Mientras hablábamos Picket, restregándose entre las piernas de ambos, no cesaba de batir la cola. Al verme, demostraba mayor regocijo que su amo. Quizás adivinaba mi misión; tal vez descubría en mi algún remoto olor que le recordaba el barco donde había sido feliz.

“A pesar de las protestas del patrón chino, subrayadas con gestos y mucha agitación de los brazos, arrastré a Van Dop a la calle y lo metí a empujones en el “rickshaw”, al cual también se encaramó Picket, de un salto.

“Tuan-Fu, enganchado a la vara como un jamelgo, emprendió el trotecillo hacia el muelle. Acaso en su fuero interno compadecía y despreciaba al hombre blanco...

“El capitán del “Endracht”, un vapor de carga de la misma compañía consintió en que el fantasma que traía conmigo firmara también el rol para volver a Holanda. Prácticamente Wil-

hem era un bulto que no nos serviría de nada pero, ¿qué hacerle? Tratábase de un holandés y además de un Van Dop. ¡No íbamos a abandonarlo en las pocilgas de Oriente!”

“Lo entregaríamos a la familia en Amsterdam y con ello acabaría el deshonoroso episodio. ¡Y vaya si no terminó aquello!”

“El capitán hizo aislar a Wilhem en el cuarto para los enfermos. El primer día se lo pasó acostado, envuelto en mantas quejándose de escalofríos. Picket fue a la cocina donde se dio un buen atracón de huesos y restos de tocino.

“El segundo y tercer días Van Dop estuvo desesperado por falta de la droga, y hubo que administrarle morfina hasta que se tranquilizó por completo. Durmió todo el día siguiente sin que Picket se apartara de su lado.

“Al quinto día, cuando entré con el desayuno, Wilhem había desaparecido del camarote. Picket dormía profundamente sobre la litera entre la ropa, revuelta, harto de las presas que le obsequiara el cocinero. De cuando en cuando movía las patas y las orejas o mostraba los dientes, con leves estremecimientos nerviosos. Tal vez soñaba. . .

“Buscamos al desaparecido por todos los rincones del buque. Por último llegamos a la conclusión de que debió arrojar al mar durante la noche.

“Pudo deslizarse sigilosamente hacia popa, aprovechando alguna momentánea ausencia del perro; valiéndose tal vez de que todos dormían y nadie podía verlo desde el puente de gobierno”.

Alan calló. Se quitó los anteojos y empezó a limpiarlos cuidadosamente.

—“Jamás —dijo después de una pausa— hallamos ningún rastro que confirmara exactamente que Wilhem se arrojó o cayera por determinado sitio del barco. Sólo que Picket, olfateando las tablas de la cubierta llegábase hasta el coronamiento, a popa, y se quedaba ahí un rato ladrando a las olas.

Yo lo tomé a mi cargo y anduve con él en varios otros barcos, hasta que lo arrebató una ola en el Cabo de Hornos.

“Yo le había tomado bastante cariño a ese Picket. A veces para entretener a la gente del castillo de proa, iba allá y les contaba a los muchachos la historia de Wilhem Van Dop. Llamaba al animalito y le preguntaba: “¡A ver Picket! ¿Dónde está tu patrón?”.

“Picket, que parecía recordar todo el episodio, meneaba la cola; aullaba despacio y tristemente. Nunca, en ningún otro barco, olfateo la cubierta ni corrió a popa como lo hacía en el “Endracht”.